



sarla decorosamente, porque una de las cosas de que más se jactaban los sofistas, era de responder á todas las objeciones que se les hicieran. Resuelto este primer punto, Sócrates le preguntaba si era dialéctico tan profundo como hábil orador, y si le era tan fácil condensar en pocas palabras una materia como adornarla y darla extension. El sofista no tenía inconveniente en afirmar. Entonces Sócrates le suplía que reservara para mejor ocasion la riqueza de su elocuencia, y que empleara con él un estilo sencillo y conciso: «Porque, decia, tengo poca memoria y cuando se me hacen largos razonamientos, pierdo de vista la cuestion. Del mismo modo que, si yo fuera sordo, creerias necesario hablarme en voz más alta que á los demás, así, puesto que soy olvidadizo, espero que me deis las respuestas en pocas palabras, para que pueda seguiros y entenderos. Por otra parte, siempre he creído que hablar y hacer arengas son dos cosas completamente diferentes (1).»

Luego que el sofista había convenido en todo lo que le había pedido, notábase en él cierta perplejidad y no tardaba en contradecirse. Entonces Sócrates se quejaba maliciosamente de que habiéndole prometido con toda solemnidad instruirle, ahora le ocultaba su ciencia y le abandonaba en medio del error. Ordinariamente le dejaba algun efugio para que se apoyara en él; pero esto lo hacia á fin de que incurriera en nuevas contradicciones y evidenciara más y más su presuncion y su ignorancia.

Los más expuestos á la seduccion de los sofistas eran los jóvenes, y Sócrates se unió especialmente á ellos, esperando mayor fruto de las almas tiernas. Dos solas causas se oponian á la realizacion de sus designios, la ambicion y la adulacion. Como en la inconstante democracia de Atenas cada uno podia aspirar á todo, de aquí el que la imaginacion de la juventud se inflamara pronto. Desde que un jóven de alguna distincion comenzaba á darse á conocer, un gran número se asociaba á su fortuna y á sus esperanzas, y se adheria á su persona bajo el nombre de amigo ó de *Erastes*. A los jóvenes se les estimaba en proporcion del mérito y del número de adictos. Sócrates se conformó con esta costumbre; y como esta especie de amistad degeneró más de una vez en una pasion contra la naturaleza, tratóse de presentar al filósofo sospechoso en este concepto; sin embargo, debe creerse que es una calumnia, puesto que los mismos enemigos que le condenaron á muerte, jamás dijeron nada en contra de sus costumbres. Sócrates frecuentaba los lugares de los ejercicios, y todos los sitios donde se reunia la juventud. Estudiaba los caracteres, y se reunia preferentemente con aquellos en quienes notaba pasiones más violentas. Parecia que no se cuidaba más que de su aprovechamiento. Les hacia entrever la gloria que les esperaba si correspondian á la idea que ya había formado de su mérito; pero al mismo tiempo les advertia la deshonra que recaeria sobre ellos si burlaban los deseos de sus con-

(1) Plat., Protágoras.

ciudadanos y amigos. «¿No os parece, añadía, que seria bueno, puesto que hay tiempo, que busquemos en comun lo más propio para merecer el aprecio ó la vituperacion?» Apenas había dado principio á este exámen, cuando un jóven, que no podia ocultar su fragilidad é ignorancia, confundido y turbado, derramó algunas lágrimas. Otros estaban tan humillados, que no se atrevian á hablarle ni á mirarle; pero los espíritus generosos le oian cada vez con más placer. Sócrates continuaba examinándoles, y arrancando sin compasion todas las semillas contagiosas, que podian ahogar los gérmenes de la razon; les acostumbraba á reflexionar y á exponer sus propios pensamientos, sin evitarles, decia, los dolores del parto.

No se esmeraba en la eleccion de materias; las más comunes y ordinarias en el comercio de la vida, estas eran siempre á las que daba la preferencia; sus comparaciones las tomaba de profesiones las más abyectas, como, por ejemplo, de los cocineros, los sastres, los pastores, etc. A los hombres instruidos y á los tontos les extrañaba esta sencillez aparente, que ellos llamaban groseria; pero los primeros descubrían en ella una sabiduría profunda y una elocuencia que el arte no puede alcanzar. Alcibiades comparaba sus discursos á las especies de cajas que se hacían entonces en Atenas, y que por la parte exterior tenían solamente figuras de sátiros y silenos, y por dentro contenían las imágenes de los dioses. «Cuando alguno, añadía, se encarga de repetirnos los discursos de nuestros más famosos oradores, no nos conmueve, y con frecuencia nos fastidia; pero si nos repite los discursos de Sócrates, todos quedan extasiados, hombres, mujeres y niños. De mí sé decir que, cuando los oigo, el corazón me late, mis ojos derraman abundantes lágrimas, y muchos de los demás circunstantes experimentan la misma impresion. Yo he oido á Pericles y á todos nuestros más famosos oradores, pero ninguno me ha impresionado. Los discursos de este encantador producen en mí un efecto muy diferente; me avergüenzo de mí mismo, me ruborizo de mi baja; es necesario que me separe de su vista, y que me tape los oidos para no envejecer sentado junto á él. Huyó de su presencia, y evito los encuentros; hay momentos en que desearia saber que había muerto, y sin embargo, creo que si esta desgracia llegara á ocurrir, nunca me consolara (1).» Alcibiades no era el único á quien los discursos de Sócrates hacían tan profunda impresion; Esquines, Antístenes y Apolodoro no podían abandonarle; Simmias y Cebes abandonaron á Tebas, su patria, para gozar de su presencia. Euclides de Megara, no obstante la ley que imponía pena de muerte á los megarios hechos prisioneros en el territorio de Atenas, se disfrazaba de mujer y entraba de noche en Atenas solamente por oír á Sócrates.

Por lo que respecta á la manera de inculcar este filósofo á sus oyentes los fundamentos de la moral, véase cómo prueba la existencia de

(1) Plat., in *Symp.*



Dios y de su Providencia á un jóven que dudaba de las dos. «Dime, Aristodemo, ¿admiras á algunos hombres por su sabiduría?—Sí.—Dinos sus nombres.—En la epopeya, Homero; en los ditirambos, Menalipide; en la tragedia, Sófocles; en la estatuaria, Policletes; en la pintura, Zeuxis.—¿Y quiénes te parecen más dignos de admiracion, los que hacen ídolos sin inteligencia ni movimiento, ó los que hacen seres vivientes, inteligentes y activos? Indudablemente, los que hacen seres vivientes, porque aquella es una obra del acaso, y ésta de la inteligencia.—Entre una obra cuyo fin no se ve, y otra que evidentemente está hecha para ser útil, ¿cuál de las dos crees tú que es efecto de la inteligencia y cuál del acaso?—El que ha sido hecho para ser útil, es un efecto de la inteligencia.—¿Y no te parece que el que desde el principio hizo al hombre, le dió con un fin útil los órganos para que experimente sensaciones, los ojos para ver los colores, y los oidos para percibir los sonidos? ¿De qué nos servirían los olores si careciéramos de narices? ¿Qué conocimientos tendríamos de lo dulce y de lo agrio, así como de todo lo que es agradable al paladar, si no tuviéramos una lengua para adquirir este conocimiento? Además, ¿no te parece que hay en todo esto algo que se asemeja á una obra providencial? Como la vista es un órgano delicado, está rodeada de párpados que se abren cuando se quiere ver y se cierran durante el sueño; para que el viento no le cause mal ninguno, los párpados están unidos como una coladera; las cejas se hallan colocadas en la parte superior de los ojos para evitar que el sudor de la cabeza les lastime. El oido recibe todos los sonidos, y sin embargo nunca se satisface. En todos los animales, los dientes de la parte anterior de la boca tienen la forma más á propósito para cortar los alimentos y los molares para moler los alimentos que reciben de los incisivos. La boca, por la cual los animales introducen los alimentos, está colocada debajo de los ojos y las narices. Despues, como todo lo que evacuan es desagradable, los conductos por donde estas funciones se verifican, se hallan separados y lo más distantes posible de los sentidos. Al ver todo esto construido con tanta prevision, ¿dudarás todavía si esta obra es hija del acaso ó de una inteligencia?—Ciertamente que no; pero considerándola de esta manera, se parece completamente á la obra de un artífice que ama á los seres vivientes.—¿Y de haber inspirado á los padres la inclinacion de tener hijos, á las madres la inclinacion de alimentarles, y á los hijos el más grande deseo de vivir y el mayor temor á la muerte?—Tambien se parece esto, sin disputa, á la obra de aquel que quiere que los seres vivientes subsistan.—Tú mismo crees tener algo de inteligente, y ¿podrás imaginarte que en ninguna otra parte haya algo inteligente, sabiendo perfectamente que tu cuerpo es una partícula de la tierra, que es tan grande, y una pequeña gota del elemento húmedo, que es tan considerable? Mas, por lo que respecta á la inteligencia, ¿crees tú haberla conseguido por una feliz casualidad, y que estos seres inmensos é infinitos carezcan

de ella?—No, ciertamente; pero yo no veo á los amos como veo á los artífices de todo lo que aquí se ha hecho.—Pero tampoco ves tu alma, que es la señora del cuerpo; ¿y podria deducirse de aquí que tú no haces nada con inteligencia y si al acaso?—Yo no desatiendo á la divinidad; pero la creo muy elevada para que tenga necesidad de mis homenajes.—Pues cuanto más elevada la creas, más la debes servir y honrar.»

Sócrates le hace ver en seguida los especiales cuidados de la Providencia en favor del hombre. De todos los seres vivientes, el hombre es el único á quien ha dado, además de la vida, el oido y la boca, una psicion recta, mediante la cual puede ver con anticipacion muchas cosas, mirar más fácilmente á lo alto y padecer ménos. A los demás seres que retan les ha dotado de piés que no sirven más que para marchar; pero al hombre le ha dado piés y manos con las que ejecuta un gran número de obras que aumentan nuestra felicidad. Entre todos los animales que tienen lengua, solamente á la del hombre la ha dotado de la propiedad de moverse de uno á otro lado de la boca, articular la voz y significar á los demás todo lo que queramos. No le bastó á Dios tener cuidado del cuerpo, sino que le concedió un alma. Despues de haber hecho algunas consideraciones sobre la excelencia del alma, en las cuales habla de muchos dioses, termina con estas palabras: «Sabe, pues, amigo mio, que del mismo que tu espíritu gobierna y dirige tu cuerpo como quiere, así tambien la sabiduría que hay en el mundo la gobierna como le place; no pienses que si tu vista puede abarcar muchos estadios, la vista de Dios no puede ver de una sola vez todas las cosas; no creas que si tu inteligencia es capaz de ocuparse de lo que pasa aquí y de lo que ocurre en Egipto y en Sicilia, por ejemplo, la providencia de Dios sea incapaz de tener cuidado de todo á la vez (1).»

Hablando en otra ocasion tambien con un jóven, volvió á ocuparse en la misma materia. Admitia, igualmente que el anterior, pluralidad de dioses, y despues de haberle demostrado con abundantes datos la existencia de una Providencia especial sobre el hombre, termina de este modo: «Conocerás que te hablo la verdad, Eutidemo, si no esperas ver las figuras de los dioses y te basta honrarles y adorarles viendo sus obras. Considera que ellos mismos se hacen ver de este modo. Los demás, cuando nos hacen un bien no le manifiestan públicamente; pero el que ordena y contiene todo el mundo y lo que hay en él de más admirable y bueno, y que para nuestro uso le conserva íntegro, sano, sin que envejezca jamás, cumpliendo su ministerio indefectiblemente y con más velocidad que el pensamiento, este Dios se manifiesta y le vemos cuando le consideramos obrando las más grandes cosas; pero es invisible cuando gobierna. Reflexiona que el sol aparece manifiesto á todos los hombres, y sin embargo no les es permitido mirarle con atencion, porque si alguno lo intenta pierde la vista. Por la misma razon los ministros de Dios son invisibles.

(1) Jenof., *Mem.*, lib. I, cap. IV.



»Todos sabemos que el rayo viene de lo alto y que destruye todo lo que encuentra á su paso; pero no se le ve venir, ni herir, ni desaparecer.

»Tampoco se ve el viento, y sin embargo se le siente venir y se ven sus efectos. Si alguna cosa humana hay que participe de lo divino, esta es indudablemente el alma del hombre; pero tampoco se la ve, no obstante constarnos que reina en nosotros.

»El que reflexiona sobre todo esto, no debe despreciar á los seres invisibles; antes por el contrario, apreciando su poder por los efectos, debe honrar á la divinidad (1).»

Se ve por estos diálogos que Sócrates reconocía y enseñaba un Dios supremo, invisible en sí, visible en sus obras, inteligencia suprema que ha formado el universo y le conserva, que ha creado al hombre y le trata con una bondad paternal; y dioses inferiores á aquel y subalternos suyos, pero también invisibles, que secundan su providencia por el ministerio de los elementos, del rayo y de las tempestades. La conclusión natural que se deduce de todo esto, es que nada de cuanto cae bajo la acción de los sentidos, ni el sol, ni la luna, las estrellas, la tierra, ni las plantas, ni los animales, y ménos aún la estatuas de madera, piedra y metal eran dioses ni debían ser adorados.

También parece que tenía alguna idea de la Trinidad en Dios, de la cual hemos encontrado algun vestigio en Lao-Tseu, en la China, entre los brahmanes de la India y en Egipto. Hé aquí lo que Platon escribió con mucho misterio sobre la naturaleza del primer sér, á Dionisio, tirano de Siracusa, añadiendo que Sócrates le había dicho: «Todas las cosas están en derredor del Rey de todas las cosas, y de él han recibido la existencia; él es la causa de todo lo bueno y grande. El segundo está rodeado de las cosas segundas; el tercero de las terceras. El alma humana desea averiguar qué es esto, examinando las cosas que tienen cierta afinidad con ella; pero ninguna de estas cosas basta. Por lo que respecta á lo que acaba de decirse del Rey, no hay nada parecido. Lo que viene despues, el alma puede decirlo (2).»

Como se ve, este lenguaje no es claro. Platon mismo dice que escribió en enigma, para que si la carta caía en manos de alguno no pudiera comprenderla. Al mismo tiempo recomienda á Dionisio que la queme cuando la haya leído dos ó tres veces. Sin embargo, como segun sus propias expresiones, Platon da á este pasaje una explicación más divina en lo referente á la naturaleza del sér primero, apenas se puede evitar ver en ello un vestigio de la Trinidad, como lo han visto la mayor parte de los sábios y de los Padres de la Iglesia.

»Yo, dice Clemente de Alejandría, descubro en estas palabras un indicio de la Trinidad santa; á saber, que el tercero es el Espíritu Santo, el segundo el Hijo por quien todo ha sido hecho segun la voluntad del Padre (3).»

(1) Jenofonte, *Mem.*, l. IV, c. III.  
(2) *Epist. II ad Dionis.*, circa med.  
(3) Clem. Strom., l. V, p. 598; Euseb., *Præp. ev.*, l. XI, c. XX.

Con respecto al culto divino, hé aquí lo más notable que Platon hace decir á Sócrates. Habiendo encontrado un dia á Alcibiades que iba á ofrecer un sacrificio, y que parecia hallarse preocupado sobre el modo de orar á la divinidad, entró en conversacion con él y le dijo que una de las oraciones que todo el mundo podía hacer sin peligro, era esta de un poeta: «¡Oh rey Zeus! concédenos el bien cuando le pidamos y cuando no le pidamos, y aleja de nosotros el mal, aun cuando le pidamos.» En este sentido rogaban los lacedemonios á los dioses que les concediera lo bueno y lo grande, sin que jamás se les oyera pedir nada más: esta oracion fué elogiada por el oráculo de Ammon. Para pedir bienes particulares, es necesario tener una ciencia perfecta; de otro modo se expone uno á pedir males en vez de bienes. La divinidad aprecia más la santidad y la justicia de las almas, que los donativos y los sacrificios. El diálogo termina así: «¿Recuerdas, Alcibiades, haberme dicho que estabas en una grande perplejidad, temiendo pedir, sin saberlo, un mal en vez de un bien?—Me acuerdo.—Ves, pues, que es peligroso para tí ir así á rogar á Dios, porque podía suceder que oyéndote blasfemar no aceptaria tu sacrificio, y hasta quizá te sucederia algo más funesto. Páreceme, pues, lo mejor que no hagas nada, porque no creo que la exaltación actual de tus pasiones, este es el nombre más honesto que puede darse á la locura, te permita hacer uso de la oracion de los lacedemonios.

Por consiguiente, es necesario de toda necesidad esperar á que alguno nos enseñe cuáles deben ser nuestros sentimientos hácia Dios, y cuáles hácia los hombres.—¿Cuándo llegará aquel dia, Sócrates, y quién será el Señor? Yo veré con placer á este hombre, quien quiera que sea.—A este es á quien desde ahora debes amar. Pero me parece que, así como en Homero Minerva disipa la nube que cubre los ojos de Diómedes, para que no viera si era una divinidad ó un hombre, así también es necesario, ante todo, que él disipe las tinieblas que cubren tu alma, y que en seguida te enseñe el medio de discernir el bien del mal. Al presente me parece que no estás en condiciones de hacerlo.—Que él disipe, si le place, bien la niebla, ó ya cualquiera otra cosa; porque yo estoy dispuesto á hacer lo que me ordene, con tal de hacerme mejor.—Ahora te digo: aquel de quien hemos hablado, desea infinitamente tu bien.—Entonces me parece mejor dejar mi sacrificio para cuando venga.—Tienes razon: esto es más acertado que exponerse á un gran peligro.—Ahora bien, Sócrates; puesto que me has dado un buen consejo, tal creo, yo colocaré esta corona sobre tu cabeza: á los dioses les ofreceremos coronas y cuanto la ley mande, cuando llegue este dia deseado, que espero de su bondad no tardará en llegar (1).

En estos razonamientos se entrevé la esperanza de un salvador que debía ser un dios bajo la figura de hombre. Se ve además que Sócrates no lo decia todo á sus discípulos desde luego. Primero necesitaban descorrer el ve-

(1) Plat., 2, Alcibiad.



lo, despues recibir alguna doctrina nueva, y por último distinguir á Dios del hombre.

No obstante estas precauciones, el público se apercibió de que Sócrates no reconocía á los dioses de la ciudad y que pervertía el espíritu de la juventud. El poeta Aristófanes compuso una comedia con el título de *Nubes*.

Un padre avaro deseaba hallar un medio de no pagar sus deudas, y obligó á su hijo á hacerse discípulo de Sócrates. Hé aquí, le dice, enseñándole la casa, hé aquí la escuela de los sabios que dicen que el cielo es un horno y nosotros un carbon; estos hombres enseñan que si alguno les da dinero, peroran de manera que puedan conseguir su propósito sobre lo justo é injusto. Para esto tienen dos clases de discursos; uno para sostener lo que es justo, otro para lo que no lo es. Si me enseñas este último, no pagaré más que un óbolo de todas las deudas que he contraído contigo. El hijo, que ama los caballos y los carros, no quiere tener trato con un miserable de pálido rostro y descalzo como Sócrates. Entonces va allí el padre mismo. Entre instrumentos de astronomía y de geografía, ve á los discípulos con la cabeza inclinada sobre agujeros practicados en la tierra, examinando lo que hay en el Tártaro: Sócrates, por el contrario, suspendido en el aire en una cesta para tener el espíritu más libre, examina lo que hay en los cielos. Este maestro le enseña que no hay otros dioses que el caos, las nubes y la voz. Júpiter no es el que llueve, el que truena, son las nubes; lo que impulsa las nubes es el torbellino. Para comunicar todos los conocimientos que necesita, las nubes mismas, trasformándose en mujeres, preséntanse en escena, le enseñan á ser invencible en la contienda, á consternar á su adversario en tales términos que no sabrá ya adónde encaminarse. Ellas le indican un modelo. Lo justo y lo injusto aparecen personalmente y disputan entre sí de modo que este quede triunfante. Encantado de tan bellos secretos, vuelve hácia su hijo y le persuade, en fin, á ir á encontrar á Sócrates, recomendándole, sin embargo, el no decir á nadie que los dioses no existen. Al punto llegan los acreedores: difíceles en su presencia que nada les debe, toma por testigo de ello á todos los dioses, y les hace volver confundidos. Mientras que el hijo vuelve de casa de Sócrates, se pone á explicar y golpear á su padre, y le demuestra, por el discurso de la segunda especie, que está lo hacia por amistad y por su bien. Furioso por verse así el escarnio y la víctima, el padre acaba por poner fuego á la casa del sofista.

En medio de la licencia que se permite el poeta, es de notar que nada dice contra las costumbres de Sócrates. Despues le representa pobre, lo cual demuestra perfectamente que no llevaba dinero por sus lecciones, segun lo afirman Jenofonte y Platon. En cuanto al arte de confundir lo justo y lo injusto, esto recae sobre los sofistas, á quienes Sócrates atacaba sin contemplaciones. En cuanto á él, trabajaba por inculcar á los jóvenes los principios de la verdadera moral.

En casi todos los diálogos de su discípulo Platon, conduce todo á este gran principio, que

la verdad y la justicia no son una cosa arbitraria, mudable, sino algo eterno, inmutable, que tiene su tipo en el entendimiento de Dios. En ninguna parte es aplicada con tanto rigor esta idea, ni más solemnemente sancionada que en el diálogo de Gorgias ó de la Retórica.

Gorgias, retórico y sofista, llegó á Atenas con su discípulo Polus, y habitó en casa de Calicles, orador y filósofo. Habiendo hecho conversacion Sócrates con ellos, preguntó al primero qué era la retórica, cuya profesion ejercia. Convino en que era el arte de persuadir. ¿Pero de persuadir qué? insistió Sócrates, ¿lo justo ó lo injusto? Gorgias no pudo ménos de decir que era lo justo, echando así por tierra el pomposo elogio que acababa de hacer de la retórica, como el arte de convencer á la multitud de todo lo que se quisiera. Habiendo tomado Polus la palabra para sacar del apuro á su maestro, Sócrates le hizo ver que si la retórica no es el arte de inculcar lo que es justo y bueno, sino simplemente el arte de agradar, no es ni ménos que una especie de adulacion, como el talento del cocinero para sus guisos. El discípulo se puso á ensalzar el poder que tiene la retórica para hacer en una ciudad todo lo que se juzgase oportuno. Sócrates le respondió, que si este poder es ejercido justamente, es un bien; pero que si lo es injustamente, es un gran malvado, porque el mayor de todos los males es el cometer injusticia.—¿Es esto el mayor mal? repuso Polus; sufrir una injusticia, ¿no es un mal todavía más grande?—De ninguna manera.—¿Querrás, pues, tú mejor recibir una injusticia que hacerla?—Yo no querria ni lo uno ni lo otro; pero si era absolutamente necesario cometer una injusticia ó sufrirla, desearia mejor sufrirla que cometerla. Pienso además que el hombre injusto y criminal es desgraciado por todos conceptos, pero que lo es todavía más si no sufre ningun castigo y sus crímenes permanecen impunes, y que lo es ménos si recibe de los hombres y de los dioses el justo castigo de sus faltas.—Avanzas en esto á extrañas paradojas, Sócrates.—Voy á tratar, amigo mio, de hacerte decir lo mismo que yo, porque estoy convencido de que tú y yo y los demás hombres pensamos todos que es mayor mal cometer injusticia que sufrirla, y el no ser castigado por sus crímenes que el ser castigado por ellos.—Yo sostengo, por el contrario, que este no es mi sentimiento ni el de ningun otro. Tú mismo, ¿desearás mejor que te se haga injusticia que el ejercerla con otro?—Sí, y tú también, y todo el mundo.

Prueba la primera parte de su proposicion por una série de razonamientos, que terminan de esta suerte: «¿La mayor parte de los hombres no reconocen, y tú mismo lo has confesado anteriormente, que es más feo el cometer una injusticia que el sufrirla?—Sí.—¿Y no acabamos de ver que esto es una cosa muy mala?—Parece que sí.—¿Preferirias tú lo que es feo y malo á lo que lo es ménos?—Yo no lo preferiria, Sócrates.—¿Hay alguno en el mundo que lo prefiera?—Me parece que no, segun lo que se acaba de decir.—Así, pues, tenia yo razon al decir que ni yo ni tú ni otro cualquiera de-



searía mejor hacer una injusticia que recibirla, porque es una cosa muy mala.—Hay apariencia de ello.»

Resumiendo la discusión sobre la segunda parte, dice: «Todo el que castiga con perfecto derecho, ¿no castiga justamente?—Sí.—¿Comete en esto una acción justa ó no?—Obra justamente.—Así, el que es castigado cuando se le castiga por una falta, ¿padece justamente?—Verosíblemente.—¿No hemos confesado que todo lo que es justo es bello?—Sin contradicción.—Lo que hace la persona que castiga y lo que sufre la persona castigada, ¿es, pues, bello?—Sí.—Pero si es bello, ¿es al mismo tiempo bueno, porque lo bello es ó agradable ó útil?—Necesariamente.—Así, lo que sufre el que es castigado, ¿es bueno?—Parece que sí.—¿Le reporta, por consiguiente, alguna utilidad?—Sí.—Esta es la utilidad que yo concibo, á saber, el llegar á ser mejor en cuanto al alma, si es verdad que sea castigado con justo título.—Esto es verosímil.—Así, el que es castigado, ¿es librado del mal del alma?—Sí.—¿No es, pues, librado del más grande de los males?»

Habiendo sido discutida afirmativamente la respuesta, Sócrates concluyó: «Así el castigo procura librar del mayor de los males, del mal del alma.—Convengo en ello.—Porque le hace sábio, le obliga á llegar á ser justo, y es una especie de medicina moral.—Sí.—El más feliz, por consiguiente, es el que no ha admitido en su alma ningún mal, puesto que hemos visto que el mal del alma es el más grande de todos.—Sin dificultad.—El segundo es el ser librado de él.—Hay apariencia de ello.—Es decir, el que ha recibido avisos, reprensiones, el que ha experimentado el castigo.—Sí.—Así, el que está enfermo de injusticia y el que no ha sido librado de ella, arrastra una vida la más desdichada.—Segun toda verosimilitud.—¿No se sigue de aquí que la injusticia es el más grande de todos los males?—Me lo parece al menos.—¿No hemos visto que el castigo procura el libramiento de este mal?—Verosíblemente.—¿Y que la impunidad no hace más que alimentarla?—Sí.—La injusticia no es, pues, más que el segundo mal por su magnitud, pero la injusticia impune es el primero y el mayor de todos los males.—Tienes razón, segun todas las apariencias.»

Viniendo, en fin, á la conclusión práctica para el arte de la oratoria y los oradores: «Pero si esto es verdad, dice Sócrates, ¿cuál es, pues, la grande utilidad de la retórica? Porque es una consecuencia de nuestras confesiones, que es necesario ante todo preservarse de toda acción injusta, porque no nos reportaría más que mal. ¿No es esto cierto?—Seguramente.—Y que si se ha cometido una injusticia, bien él mismo, bien cualquiera otra persona á quien se le haya interesado, es necesario ir á presentarse allí donde se recibiere la conveniente corrección, y darse prisa á acercarse al juez como si fuera un médico, por temor de que la enfermedad de la injusticia, posesionándose del alma, no engendre una secreta corrupción que llegue á ser incurable. ¿Qué otra cosa podemos decir nosotros, Polus, si nuestras primeras confesiones subsisten? ¿No es esta la única manera de concor-

dar lo que decimos con lo que anteriormente hemos establecido?—¿Cómo, en efecto, tener otro lenguaje, Sócrates?—La retórica, Polus, no nos es, pues, de ningún uso para excusarnos de una injusticia que habríamos cometido nosotros, nuestros parientes, nuestros amigos, nuestros hijos, nuestra patria; yo no veo más que un medio de hacerla útil, tal es el de acusarse á sí mismo ante otro, despues ante sus parientes y amigos, tan luego como se haya cometido una injusticia; el no tener el crimen secreto, sino exponerle á la luz del día, á fin de que sea castigado y reparado; es el hacerse violencia á sí mismo así como á los demás para elevarse por encima de todo temor y ofrecerse á la justicia á ojos cerrados y de todo corazón, como se ofrece al médico para sufrir las incisiones y las quemaduras, uniéndose completamente á lo bueno y á lo bello sin darse cuenta del dolor; de suerte, que si por ejemplo, la falta que se ha cometido merece latigazos, se presente para recibirlos; si las cadenas, se tiendan las manos; una multa, se pague; el destierro, se condene á él; la muerte, se la sufra; es, en fin, el ser el primero en deponer contra sí mismo y contra sus prójimos, en no perdonarse, y para esto poner en obra todos los recursos de la retórica, á fin de llegar por la manifestación de sus crímenes, á ser librado del mayor de los males, de la injusticia. ¿Concederemos esto, Polus, ó lo negaremos?—Esto me parece muy extraño, Sócrates. Sin embargo, quizá es esto una consecuencia de lo que hemos dicho más arriba.—Así, es necesario, ó echar por tierra nuestros precedentes discursos, ó convenir que esto resulta necesariamente de ellos.—Sí; la cosa es así.—Y se hará todo lo contrario cuando se quiera hacer mal á alguno, ya á su enemigo, ya á cualquier otro; es necesario únicamente no tener nada que sufrir uno mismo de su enemigo; se debe tener mucho cuidado en ello; pero si comete una injusticia con otro, es necesario esforzarse por todos los medios, ya por obras, ya de palabra, para sustraerle del castigo é impedir que comparezca ante los jueces, y en el caso que comparezca, es necesario poner por obra todos los medios para que escape y no sea castigado.»

Ante semejante conclusión, el orador Calicles tomó la palabra: «Pero dime, Sócrates, ¿creeremos que todo esto es serio por tu parte, ó que no es más que una broma? Porque si es bueno todo lo que tú hablas, y si lo que tú dices es verdad, la conducta que todos tenemos que observar en tanto que existimos, ¿qué otra cosa es sino un trastorno del orden y una serie de actos todos contrarios, segun me parece, á nuestros deberes?»

«Sócrates observó que en cuanto á Calicles, que ambicionaba, como orador, agradar al pueblo de Atenas, no le causaba sorpresa el que hablase unas veces de un modo, otras de otro; pero, añadió, la filosofía tiene siempre el mismo lenguaje. Lo que te parece en este momento tan extraño, es de ella: acabas de oirla. Así, ó refuta lo que ella decía ahora mismo por mi boca, y pruébala que cometer injusticia y vivir en impunidad despues de haberla cometido, no es el colmo de todos los males, ó



si dejas esta verdad en todo su valor y fuerza, yo te juro, Calicles, por el dios de los Egipcios (el perro Anubis), que Calicles no estará de acuerdo nunca consigo mismo, y estará toda su vida en una perpétua contradicción. Calicles avanzó á más y dijo que, por la naturaleza de las cosas, el derecho no es más que la fuerza y el poder, y hace las leyes, y que los más débiles y los más numerosos son los que han introducido las ideas de justicia y de equidad. Pero, despues de muchos efigios en que siempre se ve estrechado y alcanzado, es obligado á hacer las mismas confesiones que Gorgias y Polus. En cuanto á Sócrates, protesta que sufriría la muerte por esta doctrina sobre lo justo y lo injusto, y la sufriría de buena gana.» Así pues, añade, nadie tema la muerte, á menos que sea completamente insensato y cobarde. Lo que causa pavor es el cometer injusticia, puesto que la mayor de las desgracias es descender al otro mundo con un alma cargada de crímenes. Quiero, si tú lo encuentras bien, probarte por una relación que la cosa es así: tú tomarás, segun supongo, esta relación por una fábula, pero yo la creo llena de verdad.

«Júpiter, Neptuno y Pluton dividieron juntos, como cuenta Homero, el imperio que habían recibido de manos de su padre. Pues bien, desde el tiempo de Saturno había entre los hombres una ley que ha subsistido siempre y subsiste todavía entre los dioses, en virtud de la cual el mortal que hubiese tenido una vida justa y santa iba despues de su muerte á las islas afortunadas, en donde gozaba de una perfecta dicha, á cubierto de todos males; que por el contrario, el que había vivido en la injusticia y la impiedad, iba á una region de suplicio y de castigo llamada Tártaro. Bajo el reinado de Saturno, y en los primeros años del de Júpiter, los hombres eran juzgados vivos, por jueces vivos que pronunciaban sobre ellos su futura suerte, el día mismo que debían morir. Por esto estos juicios se hacían muy mal. Esta es la razón por que Pluton y los guardias de las islas afortunadas habían ido á avistarse con Júpiter, y le dijeron que se les enviaba hombres que no merecían ni los castigos ni las recompensas que se les había asignado. Yo haré cesar esta injusticia, respondió Júpiter. La causa de hacerse mal los juicios hoy, es porque se juzga á los hombres completamente vestidos; porque se les juzga cuando están todavía en vida. Dispuso, pues, que que no fueran juzgados sino despues de su muerte, y despojados de todo por jueces igualmente desnudos y muertos. Constituyó á tres de sus hijos; Radamanto para juzgar á los hombres del Asia, Eaco para juzgar á los de Europa, y Minos para decidir en última instancia en los casos en que se encontraran embarazados uno ú otro.

«Razonando sobre este discurso, concluye Sócrates, hé aquí lo que de él me parece resultar. La muerte no es, á mi parecer, sino la separación de dos cosas, el alma y el cuerpo. En el momento en que están separadas una de otra, cada una de ellas no es muy diferente de lo que era viviendo el hombre. El cuerpo con-

serva su carácter y vestigios bien marcados de los cuidados que se han tomado de él ó de los accidentes que ha experimentado. Me parece que sucede lo mismo respecto del alma, y que, cuando ella está despojada de su cuerpo, conserva las señales evidentes de su carácter y de los accidentes que cada alma ha experimentado, como consecuencia del género de vida que ha abrazado. Cuando llegan, pues, los hombres delante de su juez, por ejemplo, los del Asia delante de Radamanto, Radamanto mandándoles acercarse, examina el alma de cada uno sin saber de quién es, y frecuentemente teniéndola en las manos el gran rey, ó algun otro rey ó potentado, no descubre en ella nada sano; la ve completamente cicatrizada de perjurios y de injusticias por las huellas que cada acción ha grabado: aquí los subterfugios de la mentira y de la vanidad, y nada recto, porque ha sido alimentada lejos de la verdad; allí las monstruosidades y toda la deformidad del poder absoluto de la molicie, de la licencia y del desorden. La ve de esta manera, é inmediatamente la envía ignominiosamente á la prisión, adonde no habrá llegado completamente, cuando experimentará los convenientes castigos.

Pues bien; todo el que sufra una pena es castigado de una manera razonable, llega á ser mejor y gana por el castigo, ó sirve de ejemplo á los demás que, testigos de los tormentos que padece, temen otro tanto por ellos y se hacen mejores. Pero para ganar en el castigo y satisfacer á los dioses y á los hombres, las faltas deben ser de tal naturaleza que puedan ser expiadas. Sin embargo, aun entonces, la expiación aprovecha aquí ó en el otro mundo, únicamente por los dolores y los sufrimientos, porque no es posible ser librado de otra manera de la injusticia.

Para los que han cometido los más atroces crímenes, y que por esta razón son incurables, se hace sobre ellos ejemplos. Su suplicio no les es de ninguna utilidad, porque son incapaces de curación; pero es útil á los demás que contemplan los dolorosos y horribles tormentos que padecen para siempre por sus crímenes, en cierta manera suspendidos en la prisión de los infiernos, y sirviendo completamente de espectáculo y de instrucción á todos los criminales que llegan allí sin cesar.»

¿Quién no se sorprenderá al ver en un filósofo de la gentilidad una doctrina tan verdadera sobre la muerte, el juicio, el paraíso, el infierno y el purgatorio?

Sócrates termina la conferencia por estas palabras: «Yo añado, ¡oh, Calicles! una completa fe en estos discursos, y trato de aparecer delante del juez con un alma intachable. Desprecio lo que la mayor parte de los hombres estiman; no aspiro sino á la verdad, y trataré de vivir y morir cuando haya llegado el tiempo, tan virtuoso como pueda. Invito á todos los demás hombres, con todas mis fuerzas y en lo que á mí toca, y á su vez te invito á tí, á abrazar este género de vida y á ejercitarte en este combate, el mejor, á mi entender, de todos los de aquí abajo; y te acuso de que no estarás en situación de defenderte cuando tengas